

MARIANO HAMILTON

DÍAS MALDITOS

DESDE LOS BOMBARDEOS
A LA PLAZA DE MAYO
HASTA LA CAÍDA DE PERÓN



M A R I A N O H A M I L T O N

DÍAS MALDITOS

DESDE LOS BOMBARDEOS
A LA PLAZA DE MAYO
HASTA LA CAÍDA DE PERÓN

Espejo de la Argentina  Planeta

La precuela

Hace mucho tiempo, en un país muy cercano...

El peronismo gobernaba a la Argentina desde hacía siete años. Con revolucionarios avances en conquistas sociales y laborales que aún sus opositores más acérrimos le reconocían y con tantas otras cuestiones que empujaban a que esos mismos opositores caracterizaran al general Juan Domingo Perón como un tirano o un déspota que corrompía a la sociedad para saciar sus instintos más bajos. Perón estaba en el centro de la escena. Para la inmensa mayoría era el hombre que proveía el bienestar a las masas y para una minoría intensa y poderosa era un ser malvado que solo merecía las llamas del infierno. Era blanco o negro.

En eso andaban peronistas, radicales, conservadores, socialistas, comunistas y hasta la mismísima corporación militar en 1955. Las diferencias se dirimían en la prensa y en los debates parlamentarios. Todo parecía cristalizado, inamovible. Pero sigilosamente apareció un actor que sumó su voz potente a la discusión: la Iglesia Católica era un nuevo convidado que lejos estaba de ser de piedra.

Los problemas entre el presidente Perón y los curas ya venían de larga data, pese a que el cardenal Santiago Luis Copello hacía permanentemente control de daños. Las diferencias se remontaban a la aprobación de la Constitución de 1949 y se profundizaron cuando Evita se entrometió en un asunto que los curas suponían que era de su terreno exclusivo: la caridad.

Eva, además, era un dolor de cabeza para los obispos porque tampoco conciliaba desde lo discursivo:

—Yo no lo convoco a Dios a cada rato. Recuerdo que una vez alguien me rogó que fuera más cristiana y que invocase a Dios en mis discursos. La verdad es que no deseo complicarlo a Dios en el bochinche de mis cosas. Pero tienen que saber que yo lo quiero a Cristo mucho más de lo que ustedes creen: lo quiero en los descamisados. ¿Acaso no dijo Él que estaría en los pobres, en los enfermos, en los que tuviesen hambre y tuviesen sed? Yo no creo que Dios necesite que lo tengamos siempre en los labios. Perón me enseñó más vale llevarlo en el corazón —decía Eva mientras intervenía en la asistencia con las poderosas herramientas del Estado. Porque si algo sabía Eva era que no había que dejarles a las organizaciones católicas y a la oligarquía el monopolio de la caridad.

A fines de 1951, los movimientos de Evita, Iglesia, oligarcas y fieles se equilibraban sobre una delgada línea de convivencia hasta que sucedió un hecho dramático: un cáncer feroz devoró la vida de Eva en un semestre. Y ya nada fue igual. Nada.

Los curas, que hasta el 26 de julio de 1952 surfeaban las olas pese a las quejas de las señoras copetudas, entendieron que si Eva ya era un problemón viva, su muerte la elevaba a una estatura mística tal que podía comenzar a ser venerada como Santa Evita. O sea: no los movilizaron sus convicciones, sino el terror.

Ni que hablar de lo que experimentaron cuando Perón les abrió las puertas del país a los pastores pentecostales y a los representantes de la Escuela Científica Basilio. Era la gota que faltaba y que decidió a la cúpula eclesiástica a dinamitar al gobierno desde cada uno de los púlpitos. Y así fue como desde las usinas católicas se instaló que Perón utilizaba a las UES (Unión de Estudiantes Secundarios) para proveerse de chicas adolescentes que luego llevaba a la cama, que el Gobierno era un nido de corrupción, que existía un proyecto para reemplazar a la

religión católica por otra peronista y hasta la elaboración de un plan demencial para desplazar a la imagen de la Virgen María y suplantarla por la de Evita. La Iglesia, que había callado durante media década al ser beneficiada por Perón con subsidios a las escuelas religiosas, desató una acción de propaganda psicológica en contra del gobierno con la doble apuesta: sacar a Perón de la Casa Rosada y eliminar la amenaza de los pentecostales, quienes ganaban adeptos en las clases populares con su discurso eficaz y con la realización de los supuestos milagros de sanación que día a día se publicaban en los diarios. Los curas no estaban dispuestos a permitir que esos pastores les quitaran clientes en ese negocio llamado religión.

El comienzo de las hostilidades tuvo una fecha precisa: fue el 17 de marzo de 1954, cuando Perón recibió en la Casa Rosada a los pentecostales y convirtió al pastor estadounidense Tommy Hicks en un fenómeno social.

—Necesito una entrevista con el presidente Perón —cuenta la leyenda que le dijo Hicks al secretario de Perón en la Casa Rosada unos días antes de aquel 17 de marzo.

Para cualquier hombre era imposible acceder a Perón por el solo deseo de verlo. Pero Hicks consiguió lo que se propuso y, además, obtuvo el permiso para hacer presentaciones en la cancha de Atlanta, algo a lo que Perón se oponía porque consideraba que las manifestaciones populares en las calles o en los estadios debían ser peronistas o promovidas por el deporte. Los diarios de la época e incluso varios relatos literarios consignan que Perón accedió al pedido de Hicks luego de que el pastor acariciara e hiciera desaparecer unas manchas que el General tenía en el brazo mientras formulaba unas oraciones. Más allá de lo inverosímil de la anécdota, desde el 14 de abril de 1954 y durante 52 días consecutivos, Hicks se presentó en Atlanta ante más de dos millones de personas, quienes iban para oír las oraciones del pastor y ver los presuntos milagros de sanidad.

—Hay que sacarse de encima a los pentecostales —les dijo el cardinal Copello a sus colegas—. Y lo tenemos que hacer a cualquier costo.

La Iglesia primero ajustó sus mecanismos de defensa desde sus publicaciones (los diarios y semanarios *Antorcha*, *El Pueblo*, *Criterio* y *Los principios*) y más tarde pasó a la ofensiva. El objetivo primario de defenderse trocó hacia la tarea de destrucción de un Gobierno que, consideraba, la había traicionado. Y ya se sabe que no hay peor enemigo que aquel que se siente despechado.

Para colmo, a la amenaza de los pentecostales se sumaba otra menos orgánica pero tangible: Eva era voceada en las calles como Santa Evita y los altares se multiplicaban en la ciudad. Como si esto ya no fuera suficiente para darles urticaria a los curas, el ministro de Educación, Armando Méndez San Martín, comenzó a esbozar en algunos textos de escuela un concepto novedoso: el cristianismo peronista, en el que Jesús y la Virgen eran humanizados, se resaltaban sus orígenes humildes y su vocación por el trabajo, y se dejaba en un segundo plano su carácter inmaculado para bajarlos al llano y convertirlos en laburantes comunes y corrientes. El mensaje era claro: no había nada mejor que ser peronista, trabajador y cristiano, sin que importara demasiado el orden de los factores. Y esto era aplicable también a la Virgen María, San José o Jesús.

La contienda entre la Iglesia y el Gobierno estaba declarada, pero se mantenía en suspenso porque ambos adversarios buscaban imponerse más con gestos que con hechos concretos. Era, tal como se estilaba en la época, una guerra fría. Pero ese equilibrio estratégico explotó por los aires el 10 de noviembre de 1954, cuando Perón les habló a los gobernadores, a los dirigentes y a las autoridades de la Iglesia y expresó lo que nadie se animaba a decir en voz alta:

—Algunos han creído que este debate se trata de una cuestión de la Iglesia o de una cuestión de los estudiantes. No hay

tal cosa. Aquí se trata de una cuestión política, como todas las situaciones que hemos pasado de un tiempo a esta parte, con la diferencia de que los políticos de la oposición han cambiado de método, lo que me admira, porque ellos suelen andar siempre con los mismos métodos, peleándose en los comités o preparando una revolución en los cafés.

Y Perón eligió dar precisiones:

—Parece que ahora han elegido otros lugares para preparar esa revolución con la que vienen soñando desde hace diez años. Esa es la realidad. La Iglesia no tiene nada que ver en este asunto, y yo he querido poner eso en claro, porque para conocer un cojo lo mejor es verlo andar. Yo me he reunido con altos dignatarios de la Iglesia y les he planteado el problema de las organizaciones que son las damnificadas de ciertas acciones que desarrollan organizaciones católicas. Se trata de los gremios, la Confederación General Económica, la Confederación de Profesionales, la Confederación General de Universitarios y las organizaciones estudiantiles, como así también en otras organizaciones. Les dije: «Señores, aquí hay una gran inquietud que ustedes no pueden ni deben desconocer, porque ella es provocada por la intromisión de algunos hombres del clero en las organizaciones profesionales». Eso lo hemos visto todos los días. Les dije: «Señores, yo no sé por qué salen ahora esas organizaciones de abogados, de médicos y de estancieros católicos. Solo que para ser peronistas no decimos que somos peronistas católicos; somos simplemente peronistas y dentro de eso somos católicos, judíos, budistas, ortodoxos, etc., porque para ser peronista, nosotros no le preguntamos a nadie a qué Dios le reza. Para nosotros es lo mismo que pertenezca a cualquier credo, siempre que sea buena persona, que es lo único que tenemos en cuenta».

Perón despegó a algunos sacerdotes, pero...:

—Ellos me declararon que eran los primeros en condenar a los sacerdotes que no sabían cumplir con su deber. Dijeron que

no solo los condenaban, sino que los señalaban como hombres que estaban levantados contra el Gobierno y también contra la dignidad eclesiástica. Eso me dijeron los prelados y yo debo hacer honor a la palabra de los prelados.

Perón buscaba dividir a los curas, ya que al referirse a «los prelados» le hablaba al cardenal Copello. Perón no interpellaba a cualquiera; elegía a su interlocutor.

La reacción de Copello no se hizo esperar:

—Tiene razón Perón —les dijo el cardenal a sus allegados—. No se trata de la Iglesia versus el Gobierno sino de la Fe versus el Gobierno —y redobló la apuesta.

Lo que no decía Copello era que, en realidad, eran los golpistas (con Fe o sin Fe) versus el Gobierno, los que habían cambiado la locación de los cafés, los comités radicales y los cuarteles por las delegaciones religiosas para conspirar y soñar con derrocar al supuesto tirano.

Perón recibió las palabras de Copello sin sorprenderse. Sabía que el viejo cardenal no se iba a quedar callado. Igual prefirió avanzar de a poco. No tocó los subsidios de 100 millones de pesos por año que recibía la Curia, pero le envió señales: los legisladores quitaron del calendario oficial a los feriados de San José (19 de marzo) y de San Pedro y San Pablo (29 de junio) y anunciaron que iban a tratar tres leyes que irritaban a las cúpulas: las legalizaciones de la prostitución y del divorcio y el reconocimiento de los hijos ilegítimos, es decir el de los niños nacidos fuera del matrimonio religioso, algo que —más allá de lo romántico— traía consecuencias directas en las herencias de las familias más acaudaladas, ya que los hijos bastardos pasaban a tener derechos. Perón conocía muy bien este asunto. De hecho, él lo había experimentado en carne propia. Mario Tomás Perón recién lo reconoció poco antes de cumplir los 6 años. Juan Domingo Perón, desde el 7 de octubre de 1895 y hasta el 25 de septiembre de 1901 fue Juan Domingo Sosa, porque usaba el apellido de su madre.

Los jerarcas eclesiásticos soportaron que se cayeran los feriados sin decir «mu» pero no estaban dispuestos a aguantar más afrentas y comenzaron una campaña en contra de las leyes que esperaban en comisión¹. Ya se sabe que la Iglesia es prudente mientras no se afecten asuntos que defiende aunque estén a contramano del paso del tiempo y de las necesidades de la sociedad.

En el arranque del año legislativo de 1955 y pese al lobby, las leyes fueron aprobadas y la Iglesia tomó su postura habitual, una que aprendió en su recorrido de siglos: se sentó a esperar la oportunidad de asestarle al Gobierno un golpe de nocaut.

Dentro del Gobierno había funcionarios que no entendían la cruzada que Perón había emprendido contra la Iglesia. Y entre esos muchos se destacaban los marinos, que eran profundamente gorilas² y la confrontación les cayó como anillo

1. Nada muy diferente de lo que tuvieron que atravesar Julio Argentino Roca cuando se aprobó en 1884 la Ley de Educación Libre, Laica y Gratuita y el Registro Civil, o Raúl Alfonsín en 1987, con la Ley de Divorcio Vincular, o Alberto Fernández en 2021, con la Ley de Interrupción Voluntaria de Embarazo.

2. El término «gorila» para definir al antiperonista se hizo popular en un popular programa cómico radial llamado *La revista dislocada*, conducido por Delfor Dicásolo y Aldo Camarotta, este último un fanático antiperonista. En marzo de 1955, Camarotta hizo en el programa una parodia de la película *Mogambo*, que era protagonizada por Clark Gable y Ava Gardner. En el sketch había un científico que ante cada ruido selvático decía: «Deben ser los gorilas, deben ser». La frase fue adoptada por la gente. Ante cada cosa que se escuchaba, la moda era repetir «deben ser los gorilas, deben ser». Tras el golpe fallido contra Perón en 1951, los golpistas adoptaron ese mote. La frase provocó la aparición de una canción («Deben ser los gorilas»), que vendió 60 mil copias en una semana. En 1955, poco antes de la caída de Perón, los antiperonistas comenzaron a llamarse a sí mismos «gorilas». Ya luego, en 1963, el Partido de la Revolución Libertadora llevaba como lema electoral: «Llene el Congreso de gorilas».

al dedo para darle contenido a su deprecio irracional hacia el peronismo. En el Ejército y en la Aviación también había reticencias, pero eran más moderadas y los mandos tenían las herramientas para controlar las dudas que aparecían entre la tropa católica.

¿Por qué Perón abrió una batalla frontal contra la Iglesia cuando la convivencia entre el movimiento peronista y los jerarcas católicos había sido armónica? ¿Era un exceso de paranoia del presidente? ¿O acaso el viejo general veía algo que la mayoría de los mortales no registraban? Había algunas situaciones que, aisladas, parecían mínimas, pero que si se sumaban, eran las que habían desembocado en aquel discurso del 10 de noviembre de 1954. Y como era de imaginarse, en la mayoría de los conflictos subyacía la figura de Eva, la única que tenía la capacidad de sacar de quicio a los poderosos viva y, aún, desde la tumba.

Hacía seis años había nacido la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón y el Partido Peronista Femenino. Las mujeres, que estaban lejos de la función pública, concentraron la acción del PPF en las Unidades Básicas Femeninas, que se convirtieron en centros de actividad comunitaria. Pero más allá de que el PPF ocupaba espacio en los barrios y se inmiscuía en terreno de las Parroquias, el principal chisporroteo llegó desde la Fundación, en la que la esposa del presidente no casualmente había colado en su nombre el de «María» antes que el de «Eva».

—Nos quieren tener encerradas en las casas porque saben de qué somos capaces. Solo el general Perón tiene los cojones para dejar volar a su mujer. Hay que ser muy hombre para no ponerle límites a los sueños —le dijo Eva una mañana de agosto de 1947 a Julio, el peluquero que le cuidaba el cabello desde la infancia. Julio era la primera persona que veía a Eva todas las mañanas. Era su amigo y confidente. Siempre estaba a su lado. Incluso el día de su muerte.

Hasta la aparición de la Fundación María Eva Duarte de Perón la Sociedad de Beneficencia de la Capital Federal tenía el monopolio de la caridad. La «beneficencia» era dominada por oligarcas que lavaban sus culpas y blanqueaban dinero a costa de la pobreza. Además, había una lógica cultural: ese sistema benéfico era la consolidación de las diferencias sociales, porque establecía que había uno que daba y otro que recibía. Y ese lugar permanecía inerte desde hacía más de un siglo. Porque en la Argentina, desde su Independencia, el 9 de julio de 1816, estaba negada la posibilidad del ascenso social salvo que un niño o niña encontrara un mecenas que lo respaldara. La única posibilidad de escalar de una clase social a otra era por caridad o por azar. Si bien no era explícito, la sociedad se movía bajo un sistema de castas. Las castas del siglo XIX y primera mitad del siglo XX eran claras y no difusas, muy distintas al sentido que se le quiso dar a esa palabreja en las elecciones para presidente de 2023. Las castas eran un sistema social en el que el estatus se adjudicaba de por vida en sociedades que permanecían cerradas a los cambios y en donde la movilidad ascendente era nula. Una persona nacía pobre, vivía pobre y moría pobre. Y otra nacía rica, vivía rica y moría rica. Así era la vida en la Argentina desde su fundación en 1810 hasta 1943, año en que apareció el peronismo. Así era la vida en una República Argentina que la derecha de Macri y la extrema derecha de Milei le adjudican una grandeza que en realidad no era tal. Era una sociedad en la que muy pocos la pasaban fenómeno mientras que la mayoría se moría de hambre y carecía de los derechos mínimos.

El ejemplo de esa inmovilidad era que desde 1823 —año de su creación— hasta 1947, la Sociedad de Beneficencia había crecido tanto que administraba 25 hospitales y asilos para asistir a más de 11 mil personas. Fueron 124 años de sostener privilegios sin que nadie les discutiera ese lugar. La situación estaba tan cristalizada que había personas que le dedicaban su

vida a la caridad, como era el caso de Adelia Harilaos de Olmos, una rica terrateniente que presidía la Sociedad de Beneficencia desde fines de la década del 20.

Solo hizo falta que Eva irrumpiera como un rayo cegador para que el paradigma de más de un siglo cambiara y, a fines de 1947, Evita intervino la Sociedad bajo una premisa que arrojaba a la basura todo lo conocido:

—La vieja Sociedad de Beneficencia que ejerce la limosna como principio y la diferencia de clase como norma, va a ser transformada. Desde hoy la caridad pasa al olvido; de ahora en más se practica la solidaridad y se apunta directamente al ascenso social de las clases más postergadas —les dijo Eva a las mujeres del PPF el 3 de enero de 1948, cuando tomó el control de la Sociedad.

Y mientras esto ocurría por un carril, la Fundación Eva Perón ampliaba sus influencias con préstamos en dinero para que los olvidados de siempre pudieran estudiar y obtener herramientas para la construcción de viviendas populares, escuelas, hospitales y para toda la gama de obras que necesitaban. Se reemplazaba la caridad por el ascenso social y se aplicaba un golpe durísimo a la Iglesia y a la oligarquía, que veían como eran desplazados de su lugar de privilegio como dadores.

La estrategia de la Iglesia fue la de no confrontar en forma directa. Conspiraba, pero no daba la cara. Los curas estaban con la vena del cuello inflada, pero no querían declarar la guerra a campo traviesa. Iban a recuperar lo perdido a su debido tiempo y sin dar pasos en falso. Y Perón lo advirtió. Y por eso el general enarcó las cejas cuando se enteró de que el 11 de junio de 1954, en Rosario, se fundó el Partido Demócrata Cristiano. Lo que para muchos era una anécdota irrelevante porque en esa fundación no había actores importantes de la política o de la cultura, para Perón era una luz de alarma por dos razones. La primera era que Eva, su motor, amiga y consejera, ya no es-

taba en el mundo de los vivos para cuidar su obra, y la segunda era que, desde hacía un tiempo, el Vaticano había urdido un plan global que ya resultaba eficaz en Italia y en Alemania, en donde los partidos políticos católicos sumaban adherentes y se convertían en factores de poder real.

En una noche de confesiones durante las Fiestas de fines de 1954, Perón se sentó a tomar whisky con su amigo el general Franklin Lucero en la residencia presidencial. Lucero le reprochaba los embates contra la Iglesia porque era católico, pero su principal objetivo era alertar al general de cierto inconformismo en los grados intermedios del Ejército, quienes veían con malos ojos la confrontación.

—Tenés que entender lo que está pasando, Lucerito —respondió Perón—. Están proliferando los partidos demócratas cristianos en el mundo occidental —continuó—. Hay una acción dirigida por el Vaticano y respaldada por los Estados Unidos, porque creen que de esa manera van a frenar al comunismo.

—Pero acá, en la Argentina, todo estaba más o menos en calma hasta que vos diste ese discurso de noviembre —insistió Lucero.

—En la Argentina los curas operan desde hace más de dos años. Aquello fue para que supieran que yo estaba al tanto de lo que estaba pasando. Los obispos tomaron una postura activa en la lid política y están conspirando. Se olvidaron de lo que hicimos por ellos desde 1947 hasta acá y ahora borran con el codo lo que escribieron con la mano.

—Juan... —buscó intimidar y complicidad el ministro del Ejército porque sabía que se metía en un tema espinoso—. También es verdad que Eva les quitó la beneficencia.

Perón no reaccionó con enojo a las palabras de Lucero pese a que no toleraba las críticas a Eva. El presidente valoraba que Lucero le hablara con franqueza y le dijera en la cara lo que pensaba.

—Lucero... Lucero... No te dejes encantar por las sirenas. Eva fue perseguida y calumniada por los curas pese a que en un solo día hizo más obra cristiana que los sacerdotes en su vida. El pueblo lo sabe y por eso proliferan en las plazas y en las localidades de la Argentina los bustos para homenajearla. Los mismos bustos que los curas de la Acción Católica mandan a destruir cada noche. Porque lo que no pueden soportar es que el pueblo levante altares y prenda velas por Eva. A ellos jamás les hicieron lo mismo. ¿Y sabés por qué, Lucerito?

—No.

—Porque jamás se merecieron un altar o una vela. Porque son hipócritas que se llenan la boca hablando de los pobres y no mueven un dedo para ayudarlos.

Otra de las teorías que esgrimía Perón era que el terreno del debate había cambiado. El presidente imaginaba a miles de feligreses desfilando por las calles para reclamar por alguna cuestión religiosa y que, en el medio de ese caos, se iba a colar el asunto político. De hecho, la Acción Católica Argentina ya venía disputando y ganándole terreno a la UES desde hacía casi un año, algo que Perón seguía de cerca y que lo perturbaba.

La confirmación de los peores fantasmas Perón la tuvo los primeros días de septiembre del '54, cuando un informe de inteligencia le hizo saber que había sacerdotes que utilizaban el púlpito para advertirles a los creyentes que no enviaran a sus hijos «a los clubes peronistas de dudosa moralidad», o sea a la UES. Y como para el general el poder se construía desde la organización y en la calle, si las organizaciones estudiantiles y sindicales comenzaban a ser infiltradas por católicos fanáticos y las calles eran copadas por manifestaciones que avalaban a las cúpulas eclesiásticas, intuía que el capital que lo sostenía en el Gobierno estaba en peligro.

Otro fenómeno fue la aparición de asociaciones de médicos, maestros, abogados, industriales, ganaderos y hasta de

obreros... Y todas eran católicas; aunque en realidad usaban a la religión para encontrar el ámbito adecuado para conspirar. Esto generó la inquietud de las organizaciones gremiales porque entendían que la Iglesia podía asociar católicos pero que las nuevas mutuales les estaban quitando afiliados. Así se lo hicieron saber a Perón y le pidieron que interviniera. Perón convocó a ambas partes al diálogo y no hubo una solución, por lo que el presidente quedó como árbitro. Y entonces estableció que la agremiación corría por cuenta de los sindicatos y que las asociaciones católicas no podían afiliar gente. Y de ahí en más la guerra fue explícita. De un día para otro, Buenos Aires comenzó a inundarse con panfletos contrarios al Gobierno calificándolo como anticristiano y dictatorial.

Perón en definitiva había acertado. Como siempre hacía, recurría al pasado, leía el presente y vislumbraba el futuro. Pero en el diagnóstico de Perón falló una variable decisiva y que el general jamás evaluó: hasta qué punto estaban dispuestos sus enemigos a utilizar las armas para destituirlo. Perón los subestimó. Y el pueblo argentino pagó carísimo ese error. El vaticinio del general sobre las nuevas formas de derrocar gobiernos estaba adelantado en el tiempo alrededor de 70 años. A mediados del siglo XX todavía era esperable un golpe tradicional. En pleno siglo XXI, ya se sabe que a los gobiernos nacionales y populares se los combate en otros terrenos que unieron fuerzas: el económico, el mediático y el judicial. Hoy el mundo entero está atado a la «dictadura» de los fiscales, que son quienes marcan la legitimidad y el tempo político y condicionan a la democracia. El poder económico apunta al enemigo político, el poder mediático arma las denuncias y la corporación de fiscales es la que le da forma y contenido a la operación. Los jueces, finalmente, son la frutilla del postre. Los que ponen la firma sobre lo actuado. Son los que refrendan. Pero allá, por 1955, la amenaza de una guerra civil y los uniformes verde oliva desfilando por las

calles todavía eran herramientas eficaces para tumbar gobiernos democráticos. Como se comprobó en esos trágicos últimos 110 días de Perón en el Gobierno. 110 días que cambiaron la historia de la Argentina.